

La espuma de los días

El cumpleaños de Juan Vicente

José de la Colina



Juan Vicente Melo

Fue quizás a finales de los años ochenta. Tienes que irte inmediatamente a Veracruz, me dijo Juan García Ponce, hay que traer aquí a Juan Vicente, hay que hospitalizarlo, si sigue así se muere. Por un momento pensé que Melo, Juan Vicente, habría vuelto a caerse y a dañarse la cadera, o que en algún bar un marinero rubio, molesto por su acoso sexual, le habría dado una paliza. Pero no va a querer venir, dije, ya otras veces... ¡Tráetelo!, amarrado, cloroformado, a chingadazos, como sea, pero tráetelo, carajo, lo vamos a desalcoholizar, quiera o no quiera.

Sólo podía ser engañándolo y, como en un par de días sería su cumpleaños, ingeniamos una traición “genial”: los amigos ofreceríamos a nuestro jarochón un magno ágape de amistad, nostalgias, ebriedad, música, chismes.

Volé a Veracruz. Por horas Juan Vicente y yo entretajimos recuerdos, me leyó como recién escritas unas cuantas páginas que unos años antes ya me había leído de su novela-tela de Penélope: *La rueca de Onfalía*, y me dijo que le iban a traducir al francés y publicar *La obediencia nocturna*, esa gran novela gótica y lírica y dostoyevskiana, *rara avis* en las letras mexicanas, cuyo título también sonaría bien o quizá mejor en francés: *L'obéissance de la nuit*. Logré engatusarlo con la oferta de la celebración de cumpleaños y tomamos el avión a Esmóxico City. Durante el vuelo yo, culpable, me escondía en un esforzado parloteo, y de pronto, él:

—Pepet, ya sé.

—Sabes qué, Juan Vicente.

—Ya sé que Inés y Juan y Huberto y tú andan diciendo que el maricón borracho Melo ya no puede escribir, que es un escritor acabado.

—Nadie dice tal cosa, Juan Vicente.

—Pero lo piensan, y tú también, Pepet.

—¿Nos lees los pensamientos, Juan Vicente?

—Los pensamientos de ustedes los sé como si fuesen míos, Pepet. Ya sabes que soy adivino, que desde niño, en la noche, yo adivinaba desde mi cama qué tranvía o qué auto o qué persona pasaba allá fuera, por la calle. Tengo *la seconde vue*, ya sabes. Ustedes, papacitos, me resultan transparentes, y sé que piensan que como escritor ya me chingué.

—Qué tontería, Juan Vicente. Al contrario.

—Sí, Pepet, no te hagas el *pandesb*.

—No, no me hago pendejo, *Jean Vincent*. Eres el mejor de todos, ninguno de nosotros ha escrito una novela tan hermosa y alucinante como *La obediencia nocturna*, y lo que me has leído de *La rueca de Onfalía* es estupendo.

—Dices, Pepet, pero no te creo.

—Digo, Juan Vicente, y lo creo.

—Te aburrí lo que te leí, se te notaba.

—Me apasionó.

—Mentira.

Por un largo rato se encerró en un ceñido silencio, y cuando ya sobrevolábamos Esmóxico City me miró de reojo desde un resentido perfil y:

—Ya sé, me van a meter a Nutriología, cabrones.

—Nada de eso, te vamos a hacer un fiestón de cumpleaños.

—Te tengo calado Pepet, mientes mal.

—Brincos dieras de calarme, Juan Vicente... Te vamos a hacer un fiestón, con todos tus amigos y a todo beber, a todo bailar, a todo vivir, ya verás.

—No me engañas, Pepet. Me van a encerrar en Nutriología.

Discutimos, pero yo me desenmascaraba de palabra en palabra, y al fin:

—Pues sí, Juan Vicente, no nos dejas de otra.

—No me dejaré encerrar, primero muerto.

Y cuando el avión descendía a la ciudad capital, de pronto, ya vencido si bien no convencido, musitó como si no fuese sólo para mí:

—Está bien cabrones, *pero mi fiesta de todos modos me la hacen*.

Tragué saliva, me sentí un traidor.

Pasó cinco días alojado en casa de Juan García Ponce, donde se complacía en conducirlo en la silla de ruedas, y se le internó en Nutriología, donde permaneció una semana sin resultados notorios, pero al día siguiente de llegar le habíamos cumplido lo del fiestón. Lo celebramos, desde la temprana noche hasta el alba con todos los amigos disponibles por teléfono.

Y mientras se charlaba y se bailaba y se cantaba y “el alcohol florecía entre las almas” (frase de Verlaine inventada por Andrés Marceño), Juan Vicente bebía hipotéticos últimos tragos y estaba parlanchín, bailarín, gracioso: el jarochón de siempre. A veces gritaba el nombre de uno de nosotros y cuando nos volvíamos a mirarlo nos enviaba una sonrisa que se pretendía irónica pero daba lástima, y murmuraba:

—Papacitos cabrones, ya sé, ya sé... **U**